

UN HÉROE Y DOS HEROICIDADES



Las fundaciones somos felices cuando tenemos ocasión de promover una acción de interés general que no encuentre otra financiación. El año 1992 transcurrió con mucho gasto público, probablemente demasiado, en actividades con muy poca huella, y en cambio, Carlos Etayo, no consiguió ninguna ayuda ni nadie le tuvo en cuenta, siendo el único que proponía algo realmente relacionado con la efemérides de 1492. Quizás puede decirse que, como ocurrió con su antecesor, lo que ofrecía no tenía mucho sentido común y sí mucha testarudez. Pero eso fue la Niña III, en 1992, como lo había sido en 1962; ambas no se olvidarán, y la última ha sido posible en parte por la ayuda de nuestras fundaciones.

Ahora, seis años después, nos congratulamos cuando vemos reflejarse en un libro esas hazañas, con un poco de historia de la vida de Carlos Etayo. Nuestro esfuerzo no fue baldío, aunque minúsculo comparado con lo hecho «a costa de los españoles», sin resultado positivo; inmodestamente nos honra la diferencia. Carlos Etayo es una figura de otra época y, al mismo tiempo, intemporal; no parece de este final de siglo; no sabemos si ha habido otros como él en otros siglos, aunque sin duda algunos sí. Procede Etayo de esa Navarra carlista cuya epopeya en 1936 es tan distinta de todas las que se produjeron en uno y otro bando, que representaba lo que muchos creemos ha sido la España clásica, la de los siglos XVI y XVII.

Etayo es un «hombre» en toda la extensión de esta palabra, de los que estimulan y enaltecen a una nación. Parece fuera de este mundo, como algunos piensan del carlismo

idealizado. Toda su vida igual, mozo y viejo, español y creyente, siempre con espíritu de independencia y valor sin límites. Carlos Etayo es un «loco cuerdo», como todos los que ayudan a cambiar el mundo; no es un rutinario, un conformista, honra a todos sus coetáneos y nos honra a los que hemos podido de algún modo colaborar con él; siempre ha sido un quijote como el de Cervantes, que lucha contra «molinos de viento» que no comprendían y se oponían a sus empresas. Así figura en este libro, preparado con sus ideas, trabajos y documentos, que se recordarán en todo el siglo próximo.

Afortunadamente algunos, en la Península y en las Islas Canarias, lo hemos comprendido y, en contra de todo pronóstico, en el año de 1992 ha repetido lo que ya había hecho una vez. En muchos siglos en España nadie ha tratado de repetir la hazaña de Cristóbal Colón, y Etayo lo ha hecho en dos ocasiones, con diferentes tripulaciones, sólo uno repetía, Michel Vialars, el francés, que sí comprendió de lo que se trataba.

Pero Etayo no es sólo un valiente, sino un científico, un estudioso profundo de las cosas en que ha fijado su interés. Del mismo modo que es un comunicador de primera categoría ante cualquier público, ha sido un excelente concebidor y analista, con experiencia basada en las grandes hazañas del siglo XV, cuando navegantes portugueses y españoles cambiaron el mundo y consiguieron proyectar Europa a otros continentes y crear nuevos espacios geográficos, con nuestras lenguas, tradiciones y creencias. Esperamos que este libro sirva para que el gran público conozca algo de sus experiencias, tan bien expuestas y descritas.

Pero el libro no solamente habla de un hombre, de Carlos Etayo, sino de la travesía que hizo la Niña III en

1992, desde La Rábida, Las Palmas y la Gomera a la isla de Santo Domingo, que se unen de nuevo con impulso audaz y valiente. Cuando Carlos Etayo, en un eterno peregrinar por despachos, humillado a pedir, cuando él lo que hacía era dar, llegó a nosotros, no nos parecía posible lo que quería realizar, sino una utopía que no creíamos se iba a empezar, ni se iba a construir de nuevo una carabela semejante a las de hace quinientos años, ni, en su caso, iba a resultar navegable, ni se iba a encontrar una tripulación no retribuida que, sin experiencia, se atrevería a esta aventura; ni que él mismo, con setenta años, iba a estar en condiciones de dirigirla con éxito. Pero así fue, nos venció a todos, a nuestras dudas, a las asechanzas que surgieron en el camino, al desconocimiento e ignorancia de los que despilfarraban fondos. Fue contra todos y una vez más triunfó el valor, triunfó el ideal y, sobre todo, triunfó un verdadero hombre como los que hubo en Portugal y España en el siglo XV.

El libro recuerda a todos los tripulantes que hicieron posible la aventura, a los que estuvieron hasta el final, pero también queremos recordar a los tres por los que fue posible la primera parte de la travesía, el traslado desde el astillero de La Guardia hasta La Rábida: Juan de Diego Arteché, distinguido asegurador navarro; Francisco Madrid San Martín, ingeniero de caminos navarro; e Ignacio Hernando de Larramendi junior, marino mercante y biólogo que representó a la Fundación HERNANDO DE LARRAMENDI y que hizo orientaciones muy precisas. También recordamos a los que lo ayudaron desde Portugal en algunos momentos, cuando se pidió ayuda a la experiencia de esta nación. Es obra de todos y para todos; ojalá siempre las fundaciones dediquen sus fondos a causas tan nobles, como cruzar en carabela, en el siglo XX, el proceloso Atlántico sin medios mecánicos. Esperamos que este libro tenga no sólo una edición limitada sino otra nacional y que una gran editorial lo haga llegar a todos nuestros pueblos.

Julio Caubín Hernández
Presidente de la Fundación
MAPFRE GUANARTEME

Ignacio Hernando de Larramendi
Presidente de la Fundación
HERNANDO DE LARRAMENDI